

noche en una chocita miserable habitada por gente pobre; la extrema cortesía de nuestro hospedero y de nuestra hospedera forma encantador contraste con todo lo que nos rodea.

22 de Noviembre.—Llegamos á una *estancia* situada á orillas del Berquelo. Esta propiedad pertenece á un inglés muy hospitalario, para quien mi amigo M. Lucas me dió una carta de presentación. Permanezco allí tres días. Mi compatriota me conduce á la sierra de Pedro Flaco, sita á 20 millas más arriba, en las márgenes del río Negro. Una hierba excelente, aunque un poco fuerte y que llega hasta el vientre de los caballos, cubre el país casi entero. Sin embargo, hay espacios de muchas leguas cuadradas donde no se encuentra ni una sola cabeza de ganado. La banda oriental podría alimentar un increíble número de animales. En la actualidad se exportan anualmente de Montevideo 300.000 pieles; el consumo interior es muy cuantioso, á causa del despilfarro que reina en todas partes. Un *estanciero* me dice que á menudo tiene que enviar grandes rebaños á muchísima distancia; los bueyes frecuentemente caen al suelo rendidos de fatiga; entonces es preciso matarlos para quitarles la piel. Pues bien; nunca se ha podido convencer á los gauchos para que tomasen un trozo de esos animales para sus comidas, y todas las noches matan un buey para su cena. Visto desde la sierra, el río Negro presenta el panorama más pintoresco que he observado hasta ahora en esas comarcas. Este río, ancho, profundo y rápido en tales lugares, rodea la base de un cantil cortado á pico; un cinturón de bosques ciñe cada una de sus orillas, y cierran el horizonte las lejanas ondulaciones de la llanura cubierta de césped.

Durante mi permanencia en este sitio he oído hablar

á menudo de la sierra de las Cuentas, colina situada varias millas al Norte. Me han asegurado que, en efecto, se encuentran allí á montones piedrecitas redondas de diferentes colores, atravesadas todas ellas por un agujerito cilindrico. Los indios tenían en otro tiempo la costumbre de recogerlas para hacer collares y brazaletes; afición habida en común, conviene decirlo de paso, por las naciones salvajes lo mismo que por los pueblos más civilizados. No sabía yo qué crédito conceder á esa historia; pero, así que se la hube referido en el Cabo de Buena Esperanza al doctor Andrew Smith, me dijo que recordaba haber encontrado en la costa oriental del Africa meridional, á más de cien millas al Este del río de San Juan, cristales de cuarzo cuyos ángulos se habían desgastado con el roce y que estaban mezclados con guijarros en la orilla del mar. Cada cristal tenía más de cinco líneas de diámetro y una longitud de 1 á 1 1/2 pulgadas. La mayoría de ellos estaban atravesados de un extremo á otro por un agujerito perfectamente cilindrico y de anchura bastante para permitir pasar un hilo grueso ó una cuerda de tripa muy fina. Estos cristales son rojos ó de un color blanco agrisado, y los indígenas los buscan para hacer collares. He referido estos hechos, aunque hoy no se conoce ningún cuerpo cristalizado que presente esa forma, porque podrán dar la idea á algún futuro viajero de inquirir cuál es la verdadera naturaleza de estas piedras.

Durante mi residencia en esa *estancia* estudié con cuidado los perros de pastor del país, y este estudio me interesó mucho (1). Encuéntrase á menudo, á la

(1) A. d'Orbigny ha hecho observaciones casi análogas acerca de estos perros. Tomo 1, pág. 175.

distancia de una ó dos millas de todo hombre ó de toda casa, un gran rebaño de carneros guardado por uno ó dos perros. ¿Cómo puede establecerse una amistad tan firme? Esto era motivo de asombro para mí. El modo de educarlos consiste en separar al cachorro de su madre y acostumbrarle á la sociedad de sus futuros compañeros. Se le lleva una oveja para hacerle mamar tres ó cuatro veces diarias; se le hace acostarse en una cama guarnecida de pieles de carnero; se le separa en absoluto de los demás perros. Aparte de eso, se le suele castrar cuando aún es joven; de suerte que cuando se hace grande, ya no puede tener gustos comunes con los de su especie. Por tanto, no le queda deseo ninguno de abandonar el rebaño; y así como el perro ordinario se apresura á defender á su amo, el hombre, de la misma manera éste defiende á los carneros. Es muy divertido, al acercarse á éstos, observar con qué furor se pone á ladrar el perro y cómo van á ponerse los carneros detrás de él, cual si fuese el macho más viejo del rebaño. También se enseña con mucha facilidad á un perro á traer el rebaño al aprisco á una hora determinada de la noche. Estos perros no tienen más que un defecto durante su juventud, y es el de jugar demasiado frecuentemente con los carneros, pues en sus juegos hacen galopar de una manera terrible á sus pobres súbditos.

El perro de pastor acude todos los días á la granja en busca de carne para su comida; en cuanto le dan su ración huye, como si tuviese vergüenza del paso que acaba de dar. Los perros de la casa se le muestran muy hostiles, y el más pequeño de ellos no vacila en atacarle y perseguirle. Pero, en cuanto el perro de pastor se encuentra ya junto á su rebaño, vuélvese y comienza á ladrar; entonces, todos los pe-

rros que antes le perseguían huyen á todo correr. Asimismo, una banda entera de perros salvajes hambrientos rara vez, y hasta se me ha dicho que nunca, se atreven á atacar á un rebaño guardado por uno de esos fieles pastores. Todo esto me parece un curioso ejemplo de la flexibilidad de los afectos en el perro. Ya sea salvaje, ya educado de cualquier modo que lo estuviere, conserva un sentimiento de respeto ó de temor hacia quienes obedecen á su instinto de asociación. En efecto, no podemos comprender por qué los perros salvajes retroceden ante un solo perro acompañado de su rebaño, sino admitiendo en ellos una especie de idea confusa de que quien va con tanta compañía adquiere cierto poderío, como si le acompañasen otros individuos de su especie. Cuvier ha hecho observar que todos los animales fáciles de domesticarse consideran al hombre como uno de los miembros de su propia sociedad, y que obedecen así á su instinto de asociación. En el caso antedicho, el perro de pastor considera á los carneros como hermanos suyos y adquiere de ese modo confianza en sí mismo; los perros salvajes, aun sabiendo que cada carnero individualmente no es un perro, sino un animal bueno de comer, adoptan, sin duda, también en parte ese mismo criterio cuando se hallan en presencia de un perro de pastor á la cabeza de un rebaño.

Una tarde vi llegar á un *domador* (de caballos), que venía con objeto de domar algunos potros. Voy á describir en pocas palabras las operaciones preparatorias, pues creo que hasta ahora no las ha descrito ningún viajero. Se hace entrar en un corral un grupo de potros cerriles, y luego se cierra la puerta. Casi siempre, un solo hombre se encarga de montar un caballo que nunca tuvo silla ni rienda; creo que sólo

un gaucho puede conseguir ese resultado. El gaucho elige un potro de buena estampa; y en el momento en que el caballo galopa alrededor del circo, le echa su lazo de modo que rodee las dos patas delanteras del animal. El caballo cae inmediatamente; y mientras se revuelca por el suelo, el gaucho gira en torno de él con el lazo tirante, de modo que rodee una de las patas traseras del animal y la acerque lo más posible á las delanteras; luego ata las tres juntas con el lazo. Siéntase entonces en el cuello del caballo y le ata la quijada inferior con un ronزال fuerte, pero sin ponerle bocado; esa brida la sujeta pasando por los ojetes en que termina una tira de cuero muy fuerte, que arrolla varias veces alrededor de la mandíbula y de la lengua. Hecho esto, ata las dos extremidades torácicas del caballo con una fuerte tira de cuero con un nudo corredizo; entonces quita el lazo que retenía las tres patas del potro, y este último se levanta con dificultad. El gaucho agarra la rienda fija en la mandíbula inferior del caballo y le saca fuera del corral. Si hay otro hombre allí (pues de lo contrario es mucho más difícil la operación), éste sujeta la cabeza del animal mientras el primero le pone manta, silla y cincha. Durante esta operación el caballo, con el asombro y el susto de sentirse ceñido así alrededor del cuerpo, se revuelca muchas veces encima del suelo y no se le puede levantar sino á palos. Por último, cuando se ha concluido de ensillarlo, el pobre animal, blanco de espuma, apenas puede respirar: tan espantado está. Prepárase entonces el gaucho á montar, apoyándose con fuerza en el estribo de modo que el caballo no pierda el equilibrio; puesto ya á horcajadas, tira del nudo corredizo y queda libre el caballo. Algunos *domadores* sueltan el nudo corredizo mientras

el potro aún está tendido en el suelo; y montando en la silla, le dejan levantarse. El animal, loco de terror, da terribles botes y luego sale á galope; cuando queda rendido en absoluto, á fuerza de paciencia le lleva el hombre al corral, donde lo deja en libertad, cubierto de espuma, y sin poder apenas respirar. Cuesta mucho más trabajo desbravar á los caballos que, no queriendo salir á galope, se revuelcan tercamente en el suelo. Este procedimiento de doma es horrible, pero el caballo no hace ya resistencia ninguna después de dos ó tres pruebas. Sin embargo, se requieren varias semanas antes de poder ponerle el bocado de hierro, pues es preciso que aprenda á comprender que el impulso dado á la rienda representa la voluntad de su dueño; hasta entonces de nada serviría el bocado más potente.

Hay tantos caballos en este país, que la humanidad y el interés no tienen nada en común; y por esa razón, según creo, es por lo que tiene muy poco imperio la humanidad. Un día en que iba yo recorriendo las Pampas á caballo, acompañado por el muy respetable *estanciero* que me hospedaba, mi rendida cabalgadura se quedaba atrás. Este hombre me gritaba á menudo que la espolease. Le respondí que eso sería una vergüenza, puesto que el caballo estaba completamente agotado de fuerzas. «¡Qué importa!, gritaba. ¡Espoleéelo de firme, que el caballo es mío!» Me costó entonces alguna dificultad hacerle comprender que si no empleaba las espuelas era á causa del caballo y no á causa de él. Pareció asombrarse mucho, y exclamó: «¡Ah! ¡Don Carlos, qué cosa!» ¡Ciertamente, nunca se le había ocurrido una idea semejante.

Sabido es que los gauchos son excelentes jinetes. No comprenden que se pueda ser derribado por un

caballo, cualesquiera que sean los extraños de éste. Para ello es buen jinete quien puede dirigir un potro indómito; quien, si llega á caerse su caballo, puede él quedar de pie ó ejecutar otros lances análogos. He oído á un hombre apostar que tiraría veinte veces seguidas á su caballo y que él no se caería ni una sola de las veinte. Recuerdo á un gaucho que montaba un caballo muy rebelde: tres veces seguidas se encabrió éste tan por completo, que se cayó de espalda con gran violencia; el jinete, conservando toda su sangre fría, juzgó cada vez el momento en que era preciso tirarse al suelo; apenas el caballo volvía á estar de nuevo en pie, ya estaba otra vez el hombre saltando á lomos de él; y, por fin, partieron al galope. El gaucho nunca parece emplear la fuerza. Un día en que galopaba yo junto á uno de ellos, excelente jinete, decía para mis adentros que prestaba éste tan poca atención á su caballo que, como llegase á dar un bote, le desarzonaría de seguro. Apenas hube hecho esta reflexión, cuando un avestruz saltó fuera de su nido á los pies mismos del caballo; el potro dió un bote de lado; pero todo lo que puedo decir del jinete es que participando del miedo de su caballo se hizo á un lado como él, pero sin abandonar la silla.

En Chile y el Perú se ocupan mucho más de la finura de boca del caballo de lo que lo hacen en la Plata; evidentemente, eso es una de las consecuencias de la naturaleza más desigual del territorio. En Chile no se considera perfectamente amaestrado á un caballo mientras no pueda parársele de pronto en medio de la carrera más rápida, en un sitio dado, por ejemplo, en un capote puesto en el suelo; ó le lanzan á toda velocidad contra una pared, y al llegar delante del obstáculo paran en firme al animal, haciéndole encabri-

tarse de manera que con los cascós delanteros arañe la pared. He visto á un caballo muy fogoso que guiaban cogiendo la brida sólo con el pulgar y el índice, haciéndole galopar con toda rapidez en derredor de un patio; luego le hacían girar alrededor de un poste sin disminuir la velocidad y á una distancia tan igual, que durante todo el tiempo el jinete tocaba el poste con uno de sus dedos; por último, dando media vuelta en el aire, el jinete continuaba con la misma rapidez su circuito en opuesta dirección tocando el poste con la otra mano.

Cuando un caballo obedece así, se le considera bien amaestrado; y aunque á primera vista pueda parecer inútil eso, dista mucho de serlo; no es sino llevar á la perfección lo que es necesario todos los días. Un toro cogido á lazo, se pone á veces á galopar en redondo; y si el caballo no está bien adiestrado, se alarma entonces por la tensión brusca que ha de soportar y no gira entonces como el cubo de una rueda. Muchos hombres han sido muertos de este modo; pues si el lazo se arroja una sola vez al cuerpo del jinete, casi en seguida queda partido en dos, á causa de la tensión producida por ambos animales. Las carreras de caballos en este país se fundan en el mismo principio: la pista sólo tiene 200 ó 300 metros de longitud, pues ante todo se desea proporcionarse caballos, cuya carrera sea muy rápida. Se enseña á los caballos corredores, no sólo á tocar una línea con los cascós, sino á lanzarse con las cuatro patas á un tiempo de modo que el primer salto ponga en juego todos los músculos. En Chile me contaron una anécdota que tengo por cierta, y es un excelente ejemplo de la importancia que tiene el buen amaestramiento de los caballos. Un hombre muy respetable, viajando un día á caballo, encontró á otros

dos viajeros, uno de los cuales montaba un potro que le había sido robado. Los detuvo y reclamó el animal de su pertenencia; respondiéronle sacando los sables y poniéndose á perseguirle. El hombre, que montaba un caballo muy veloz, se las arregló de manera que no fuese muy delante de ellos; al pasar junto á unos espesos matorrales, dió vuelta y paró en firme su caballo. Los que le perseguían viéronse obligados á pasar delante de él, no pudiendo contener á sus cabalgaduras. Lanzóse inmediatamente en persecución de ellos, hundió su cuchillo en la espalda de uno de los ladrones, hirió al otro, recobró su caballo y se volvió á su casa. Para conseguir resultados tan perfectos se necesitan dos cosas: un bocado muy potente (como el de los mameucos), el cual se usa rara vez, pero cuya fuerza conoce el caballo con exactitud; y unas inmensas espuelas romas, con las que se puede rozar nada más la piel del caballo ó causarle violento dolor. Con espuelas inglesas, que hieren la piel en cuanto la tocan, creo que sería imposible amaestrar un caballo á la americana.

En una *estancia*, cerca de Las Vacas, matan todas las semanas gran número de yeguas con el fin de vender su piel, aunque sólo vale cinco pesos papel ó unas 3,50 pesetas. Al pronto parece muy extraño que maten yeguas por una suma tan ínfima; pero como en este país se tiene por absurdo el domar ó montar una yegua, sólo sirven para la reproducción. Nunca he visto emplear yeguas sino con un solo objeto, para trillar los granos; para eso, las enseñan á dar vueltas en círculo dentro de un cercado donde se echan las gavillas. El hombre que se empleaba para matar las yeguas era muy célebre por la destreza con que manejaba el lazo. Puesto á 12 metros de la puerta del corral,

apostaba con quien quisiera que cogería por las piernas á todo animal que pasase delante de él, sin marrar ni uno solo. Otro hombre proponía la siguiente apuesta: entraría á pie en el corral, cogería una yegua, la ataría las patas delanteras, la haría salir, la tiraría al suelo, la mataría, la descuartizaría y extendería la piel para hacerla secarse (lo cual es una operación muy larga); repetiría esta operación veintidós veces diarias, ó mataría y desollaría en ese mismo tiempo á 50 animales. Eso hubiera sido un trabajo prodigioso, pues se considera que matar ó descuartizar 15 ó 16 animales por día es todo cuanto un hombre puede hacer.

26 de Noviembre.—Salgo para volver en línea recta á Montevideo. Habiendo sabido que hay algunos esqueletos gigantescos en una granja próxima, á orillas del Sarandis, riachuelo que desagua en el río Negro, me dirijo allí acompañado por quien me hospeda y compro por 18 peniques una cabeza de *Toxodon*. Esta cabeza estaba en perfecto estado cuando se descubrió, pero unos chicuelos la rompieron parte de los dientes á pedradas; habían tomado por blanco esa cabeza. Tuve la suerte de encontrar á unas 180 millas de aquel paraje, en las márgenes del río Tercero, un diente perfecto que llenaba con exactitud uno de los alvéolos. También hallé en otros dos lugares restos de ese animal extraordinario, y de ello induje que debía ser muy común en otro tiempo. También encontré en el mismo sitio algunas partes considerables del caparazón de un animal gigantesco, parecido á un armadillo, y parte de la cabezota de un *Mylodon*. Los huesos de esta cabeza son tan recientes, que, según el análisis hecho por M. T. Reeks, contienen 7 por 100 de materias animales; puestos á una lámpara de espí-